

SOBRE EL LIBRO EL HOMBRE Y YO de Miguel Oscar Menassa

Antonio Machado aconsejó: “Da doble luz a tu verso,/ para leído de frente/ y al sesgo.” En la poesía de Menassa, el sesgo alcanza dimensiones impensables. O, lo que es lo mismo, su escritura abre infinitos sentidos a lo humano.

Frente al título *El hombre y yo* podemos preguntarnos: ¿A qué hombre se refiere, quién es ese YO? Por definición, en poesía las palabras dicen más que lo que dicen. Pero ocurre que el soporte material de esa escritura, su envoltorio, el objeto libro, es lo que nos introduce en el poema y, una vez publicado, forma parte de él.

Veamos, pues, qué nos dice este objeto. En el centro de la portada, y sobre fondo rosa, un cuadro de 1982 en suaves tonos pastel, amarillo y naranja, es el Autorretrato de espaldas. Encima, el negro brillante de las letras imprime al título cierto aire masculino, varonil. El resultado es, cuanto menos, enigmático: un hombre, un yo y una silueta sin rostro, quizá la del poeta.

En contraportada, un renovado Menassa, todo cuerpo, nos sorprende con el esplendor de sus 65 años mientras avanza con decisión hacia las letras que nombran su futuro.

Abrimos el libro y, ya en las primeras páginas, se va construyendo ese rostro que, con mirada firme y serena, afronta la pregunta que precede al texto: “¿Qué quiere decir yo soy un hombre cuando soy yo el que habla?” Por momentos, la cosa se complica, ahora tenemos dos YO.

Pero todo eso ¿qué tiene que ver con la poesía? Pregunta, desde el 19, “el hombre aquél/ que no se quiso arrodillar” y, al final, “murió a mediana edad/ paralizado y solo.”

“El poema es, también,/ el aire que corre.” “Además, la poesía tiene el don/ de combinar, alegremente,/ lo bello con lo feo,/ lo muerto con lo vivo,/ el dolor con la risa,/ ...” Responden 23 y 24.

Nos damos cuenta de que, en este libro, todo se combina, alegremente, en ese YO donde convergen personajes tan dispares como auténticos. No se trata de encontrar una definición certera y universal que tranquilice y cierre sino, más bien, del incesante deambular del deseo que nos arrastra, ciegos, tras un imposible.

El YO, entonces, se ofrece como lugar común para esa multitud que el poeta irá citando a comparecer ante nuestros ojos. Nos mostrará hombres y mujeres que,

seguramente, nos habitaron alguna vez aunque, como le ocurre al poeta, no sepamos cuál de ellos será nuestro dueño un día.

Podríamos decir que estamos frente a un “yo es otros”. Un extenso catálogo de lo humano donde la verdad es ella y, también, su contrario, en el mismo instante.

Y así, con el alma puesta a florecer “al sonido/ de los tambores libertarios/ del sexo y la locura”, transcurren los 34 primeros poemas del libro, para este YO incalculable. En los dos últimos, la cosa cambia.

En el 35, el YO, libre al fin de otros, rompe la baraja y, con la satisfacción del deber cumplido, concluye: “Yo, mientras tanto,/ seré mi propia creación”.

Una creación, cuyo final ES el final. “Cuando mis manos/ pierdan la alegría,/ morirá un poeta.” Ya dijimos que la alegría era combinar palabras, uno de los dones de la poesía.

Estamos en el último poema, el 36, y debo confesar que me pone carne de gallina, no tanto por recordarme mi destino mortal (que también) sino por la manera en que lo escribe: clara y sin fisuras, directa al corazón.

Pero, dijimos, el sesgo es inagotable y, en el centro justo del drama, creo atisbar en el poeta un toque de ironía. Y es que, después de tanto visitante, no me extraña que especifique:

“Y es una casa limpia/ lo que ambiciono/ para el lejano y cercano/ día de mi muerte./ Una casa vacía,/ sin puertas,/ sin ventanas,/ sin nadie/ que quiera tomar el sol, el aire”

Esto respecto al YO pero ¿qué podemos decir del hombre? Recorro a los últimos versos del poema La muerte del hombre, publicado por Menassa en 1976 y que, a mi entender, contiene una definición insuperable de la palabra “hombre”:

“Un poeta asesinó su hombre/ para escribir este poema/ y eso/ es un hombre”.

Carmen Salamanca Gallego